

dos á muy pocas localidades. Recórrase la historia de lo pasado, y se verá que no hubo nunca ejércitos que se condujesen con tanta humanidad y con menos barbarie.

Dispuesto Napoleón por su política á guardar miramientos con la corte de Sajonia, la ofreció después de la batalla de Jena celebrar un armisticio y hacer la paz. Esta corte, honrada y tímida, aceptó con júbilo un acto de tanta clemencia, y se entregó á disposición del vencedor. Avinose Napoleón á admitirla en la nueva confederación rhiniana y á trocar en el de rey el título de elector que llevaba su soberano, siempre que se le prestase un contingente militar de veinte mil hombres, reducido ahora á seis mil en atención á las circunstancias. Este ensanche de la confederación del Rhin ofrecía grandes ventajas, porque aseguraba á nuestros ejércitos el libre tránsito por la Alemania y la posesión de la línea del Elba en todo tiempo. Quedó la Sajonia exenta con este tratado de los gravámenes de una ocupación militar, y prometió en desquite pagar una contribución de veinticinco millones en metálico y en letras de cambio á corto plazo.

Podía, pues, Napoleón disponer de trescientos millones por lo menos mientras durase la guerra. Extremado en su previsión, no permitía que el administrador de su tesoro descansase demasiado en la confianza de los recursos que facilitaba la Alemania. Debíanse al grande ejército veinticuatro millones por razón de pagas atrasadas y exigía Napoleón que esta cantidad fuese depositada en metálico, parte en Strasburgo y parte en París, porque no quería en un momento de urgencia acudir á valores empeñados ya por más ó menos tiempo. Quedó, pues, depositada aquella suma en París y en el Rhin para más adelante, y provisionalmente hizo pagar los atrasos con las rentas del país conquistado, para que sus soldados pudieran disfrutar su prest mientras permanecían en las ciudades de la Prusia y se proporcionaban los goces que sólo se encuentran en las grandes poblaciones.

Tomadas todas estas disposiciones, y dejando al general Clarke en Berlín para el gobierno político de la Prusia, y á Mr. Daru para que administrase su hacienda, puso Napoleón en movimiento sus columnas para penetrar en la Polonia.

No aceptó el rey de Prusia el armisticio propuesto, no sólo por la severidad excesiva de sus condiciones, sino también porque se le había hecho esperar demasiado. Encontróle Duroc en Osterode, ciudad de la antigua Prusia, y le respondió que á pesar de su sincero deseo de parar el curso de aquella guerra desastrosa, no podía consentir los sacrificios que se le exigían; que pidiéndole además de la parte de sus Estados ya invadida, la provincia de Posen y la línea del Vístula, le dejaban sin territorio y sin recursos, entregando la Polonia á una insurrección inevitable; que por lo tanto se resignaba á continuar la guerra, y que lo hacía por necesidad y también por ser fiel á sus compromisos, porque habiendo pedido auxilio á los rusos no le era posible despedirlos después del llamamiento que les había dirigido, y al que habían correspondido con la más cordial eficacia.

Haugwitz y Luchesi, que después de haber participado momentáneamente del vértigo común á toda la

nación prusiana, habían recobrado la prudencia con el infortunio, unieron sus esfuerzos para que se aceptase el armisticio tal como se proponía, diciendo que Napoleón conquistaría en quince días lo que se le negaba; que se perdía la ocasión propicia de contener la guerra y sus estragos; que si bien tratando en la actualidad se perdían las provincias situadas á la izquierda del Elba, más adelante, cuando fuera preciso transigir, además de estas provincias se perdería la misma Polonia; pero todo fué en vano, por más consejos que dieron Haugwitz y Luchesi; su prudencia tardía no obtuvo el menor crédito. Con pasar á Königsberg creció en la corte el influjo ruso; el infortunio, que había aplacado á los hombres prudentes, exaltó á los de poco seso; y el partido de la guerra, en vez de echarse en cara los reverses de la Prusia, empezó á atribuirlos á las supuestas traiciones del partido de la paz. La reina, exaltada en su pesadumbre, insistía más que nunca en que se recurriese de nuevo á la suerte de las armas con las fuerzas prusianas que quedaban, utilizando el apoyo de la Rusia y la ventaja de las distancias, que era seguramente grande para el vencido y muy contraria para el vencedor. Haugwitz y Luchesi, despojados de toda autoridad, perseguidos por injustas acusaciones y aun á veces agobiados con ultrajes, hicieron su dimisión y les fué admitida; pero el rey, más justo que la corte, se la concedió con extraordinarios miramientos, especialmente á Mr. de Haugwitz, cuya ilustración apreció siempre, cuyos servicios agradeció como era debido y cuyos consejos le pesaba no haber seguido con constancia.

Los rusos llegaban en efecto al Niemen. Un cuerpo de cincuenta mil hombres al mando del general Benningsen pasó aquel río el 1.º de noviembre y se adelantaba hacia el Vístula. Seguía otro de la misma fuerza, conducido por el general Buxhøwden. El general Essen organizaba una reserva; una parte de las tropas del general Michelson avanzaba por Niester arriba con dirección á la Polonia; pero la guardia imperial no había salido aún de San Petersburgo. Precedía á las tropas regulares una gran nube de cosacos procedentes de sus desiertos. Tales eran las fuerzas actualmente disponibles de ese vasto imperio, que por segunda vez descubría que sus recursos no correspondían á sus pretensiones. Reunidos con los prusianos mientras se ponía en pie de guerra la reserva del general Essen, podían los rusos presentar en el Vístula una fuerza de ciento veinte mil hombres. No debía este número arrear á Napoleón, mientras el clima no prestase su formidable auxilio á los soldados del Norte; y entendemos por auxilio del clima no sólo el frío sino también el terreno, y la dificultad de marchar y mantenerse en aquellas inmensas llanuras, alternativamente pantanosas ó cegadas con arenales, y más que cultivadas, cubiertas de silvestre vegetación.

Verdad es que los ingleses prometían cooperar eficazmente enviando dinero, material y hasta tropas. Anunciaban desembarcar en diversos puntos de las costas de Francia y de Alemania, y principalmente hacer una incursión en la Pomerania sueca á espaldas del ejército francés; tenían, en efecto, un apeadero muy cómodo en la playa inundada de Stralsund, situada en las últimas lenguas de tierra del continente alemán. Este punto estaba custodiado por los suecos, y entera-

mente dispuesto para recibir á las tropas inglesas en un asilo casi inviolable. Pero era probable que la premura de apoderarse de las ricas colonias de Holanda y de España, mal defendidas á la sazón por absorber la guerra continental todas las atenciones, preocupase enteramente á los ingleses y distrajese sus fuerzas. Otro recurso por fin, mucho más vano aún que el que podía esperarse de los ingleses que era la intervención sujeta del Austria, formaba el complemento de los medios con que contaba la coalición. Lisonjébase ésta de que, al primer triunfo que coronase los esfuerzos de los prusianos y rusos, el Austria se declararía por ellos, y ya casi contaba entre las fuerzas efectivas de las tropas beligerantes á los ochenta mil austríacos actualmente reunidos en la Bohemia y en la Galitzia.

Como Napoleón nunca había tenido más confianza y orgullo que entonces, poco se le daba de sus cálculos; así que ni le sorprendió ni le causó disgusto la repulsa del armisticio. «V. M., escribía al rey de Prusia, me ha hecho declarar que se había entregado en brazos de los rusos...; el porvenir decidirá si el partido que ha elegido es el mejor y el más eficaz... V. M. ha arrojado el dado; pues el dado lo decidirá.»

Las disposiciones militares que tomó Napoleón para penetrar en Polonia fueron éstas. Por parte de los austríacos no había que temer ningún ataque inmediato; sus preparativos generales así en Francia como en Italia, y su diplomacia en Oriente, eran suficiente escudo contra cualquier amago de parte de ellos. Mayor era el peligro que ofrecían los desembarcos con que los ingleses y suecos procuraban en la Pomerania insurreccionar á sus espaldas á la Prusia, castigada y humillada. Sin embargo, ni á este peligro tampoco daba grande importancia, porque creía, y así se lo escribía á su hermano Luis, que le importunaba con sus aprensiones, que los ingleses tenían cosas más importantes que hacer que desembarcar en Francia, en Holanda y en la Pomerania. «Prefieren, le decía, saquear las colonias de todas las naciones, á intentar invasiones de que no sacan más ventaja que ser vergonzosamente repelidos á la mar.» Lo único que en todo caso podía recelar Napoleón era que los doce ó quince mil suecos que ocupaban á Stralsund se le declarasen contrarios; pero para ocurrir á esta clase de eventualidades tenía el octavo cuerpo, confiado al mariscal Mortier, que encargado primeramente de ocupar la Hesse y de unir al grande ejército con el Rhin, ahora que la Hesse quedaba desarmada, debía refrenar á la Prusia y custodiar el litoral de Alemania. Componíase de cuatro divisiones: una holandesa, vacante ya por el regreso del rey Luis á Holanda; otra italiana, encaminada por la Hesse hacia el Hannover; y dos francesas, que iban á completarse con una parte de los regimientos nuevamente sacados de Francia. Un destacamento de estas tropas debía sitiar la plaza hannoveriana de Hameln, que había quedado en poder de los prusianos, y otro debía ocupar las ciudades anseáticas. La fuerza restante, acampada hacia Stralsund y Anklam, estaba destinada á atraer á los suecos hacia el primero de estos puntos si lo abandonaban, ó á encaminarse hacia Berlín si el pueblo de la capital se entregaba á algún acceso de desesperación.

El general Clarke tenía orden de concentrarse con

el general Mortier para ocurrir á todas las contingencias. No se había dejado en Berlín un solo fusil y todos los efectos militares habían sido trasladados á Spandau. Cubrían la guardia de Berlín mil seiscientos paisanos con ochocientos fusiles que se transmitían unos á otros, no entrando cada día de guardia más que ochocientos á la vez. Caso de ocurrir algún movimiento de importancia, el general Clarke debía retirarse á Spandau para reunirse allí con el mariscal Mortier. Del gran depósito de caballería establecido en Potsdam podían salir en todo tiempo unos mil caballos para hacer patrullas y captar á los prófugos, que corrían aislados por el campo desde la dispersión del ejército prusiano. Se llevó la previsión hasta el punto de registrar los bosques para descubrir los cañones que los prusianos al huir habían escondido y llevarlos á las plazas fuertes.

El cuerpo del mariscal Davout, que había entrado en Berlín antes que todos los otros, estaba ya descansado, y fué el primero que envió Napoleón sobre Custrín, y de Custrín sobre la capital del gran ducado de Posen. El cuerpo del mariscal Augereau, que había llegado á Berlín el segundo y que también había descansado lo bastante, fué enviado por Custrín y Lamberg sobre el Netze, camino del Vístula, con encargo de marchar por la izquierda del mariscal Davout. Además por la izquierda también, el mariscal Lannes, establecido en Stettin desde la capitulación de Prenzlau, habiendo rehabilitado un tanto sus tropas en aquel punto, reforzado con el 28 ligero y provisto de capotes y zapatos, tenía orden de reunir víveres para ocho días, atravesar el Óder, pasar por Stargard-Schneidmühl y reunirse con Augereau sobre el Netze; inútil es añadir que no debía salir de Stettin sin poner esta plaza en estado de defensa. Por último, el infatigable Murat, haciendo regresar de Lubeck su caballería á cortas jornadas, tenía orden de trasladarse personalmente á Berlín, tomar el mando de los coraceros, que habían estado descansando todo el tiempo que estuvieron los dragones persiguiendo á los prusianos, y reunir con los coraceros los dragones de Beaumont y de Klein, que se habían internado menos que los otros persiguiendo al enemigo y que por otra parte habían sacado caballos de refresco del depósito de Potsdam.

Murat debía reunirse con esta caballería al mariscal Davout en Posen, precederle en Varsovia y ponerse al frente de todas las tropas encaminadas á la Polonia hasta que Napoleón fuese en persona á mandarlas. Estando los rusos muy distantes aún del Vístula, podía Napoleón despachar en Berlín con holgura sus numerosos asuntos, dejando á su cuñado el cuidado de empezar sus movimientos sobre la Polonia y de sondear las disposiciones de los polacos para una sublevación. Ninguno más apto que Murat para excitar su entusiasmo y compartirlo.

Mientras el ejército francés atravesaba el Óder y se encaminaba hacia el Vístula, el príncipe Jerónimo con los wurtembergueses y los bávaros, auxiliado por el entendido y enérgico general Vandamme, debía invadir la Silesia, sitiar sus plazas, llevar parte de sus tropas hasta Kalisch y proteger de este modo contra el Austria la derecha del cuerpo que marchase sobre Posen.

Las tropas encaminadas á Polonia podían ascender á unos ochenta mil hombres, entre los cuales había unos

veintitrés mil del mariscal Davout, diez y siete mil del mariscal Augereau, diez y ocho mil del mariscal Lannes, catorce mil del destacamento del príncipe Jerónimo enviado á Kalisch, y por último unos nueve ó diez mil de la reserva de caballería de Murat; ejército más que suficiente para hacer frente á las fuerzas rusas y prusianas que podían salirle al encuentro cuando menos lo esperase.

Entretanto los cuerpos de los mariscales Soult y Bernadotte avanzaban desde Lubeck á Berlín, en cuya capital debían permanecer el tiempo suficiente para rehacerse y tomar las provisiones que hubiesen menester. Dirigióse allí el mariscal Ney después de la capitulación de Magdeburgo, y se disponía á marchar sobre el Óder. Napoleón, con la guardia imperial, la división de cazadores y granaderos del general Oudinot, el resto de la reserva de caballería que estaba descansando en Berlín y los tres cuerpos de los mariscales Soult, Bernadotte y Ney, podía disponer de otro ejército de ochenta mil hombres para dirigirse con él á Polonia y sostener los movimientos del primero.

El mariscal Davout, que fué el primero encaminado á Posen, era un hombre reflexivo y enérgico de quien no había que temer la menor imprudencia. Napoleón le había iniciado en su verdadero intento con respecto á la Polonia, que era reparar resueltamente el grave perjuicio que había causado á la Europa la abolición de aquel antiguo reino, aunque no desconocía la inmensa dificultad de reconstituir un Estado ya destruído, sobre todo siendo el espíritu anárquico de su población tan proverbial como su valentía. No quería, pues, empeñarse en semejante empresa sino en condiciones que hiciesen su éxito, si no seguro, al menos suficientemente probable. Necesitaba en primer lugar obtener ruidosos triunfos al internarse en aquellas llanuras del Norte, donde Carlos XII había encontrado su ruina; necesitaba además un impulso unánime en los polacos para coadyuvar á estos triunfos, y servirle de garantía sobre la solidez del nuevo Estado que iba á fundar entre las tres potencias enemigas, Rusia, Prusia y Austria. «Cuando vea á todos los polacos levantados en armas, dijo al mariscal Davout, entonces proclamaré su independencia, pero no antes.» Mandó que las tropas francesas llevasen en pos un convoy de armas de todo género para armar la insurrección, si, como se decía, llegaba á hacerse general.

Adelantándose el general Davout á los cuerpos de ejército que debían partir del Óder, emprendió su movimiento á principios de noviembre; hizo lo con aquel orden, con aquella severa disciplina que acostumbraba á mantener en sus tropas. Había anunciado á sus soldados que iban á entrar en un país amigo, que era preciso tratar como tal. Dijimos ya que se había introducido cierta indisciplina en las filas de la caballería ligera, que suele ser la que más parte toma y más contribuye á los desórdenes de la guerra. Dos soldados de esta arma cometieron varios excesos, y el mariscal Davout los mandó fusilar en presencia del tercer cuerpo.

Avanzó sobre Posen en tres divisiones. El país entre el Óder y el Vístula es muy semejante al que se extiende del Elba al Óder. Por lo general las llanuras allí son arenosas, sin más variedad que algunas incultas manchas de vegetación resinosa, en las cuales descuella el

pino; y como debajo de aquellas capas de arena suele encontrarse un terreno barroso propio para el cultivo, unas veces oculto y otras descubierto, en medio de los pinares suele haber vastos descampados muy bien cultivados y habitados por una población escasa, pobre, pero robusta, que se guarece en casas de madera y de carrizo. Los transportes en aquel terreno son una dificultad inmensa, porque con la arena movediza alterna una pegajosa arcilla en la cual es fácil hundirse una vez que se embeben en ella las aguas y que al cabo de unos cuantos días de lluvia se convierte en un inmenso lodazal. Suelen perecer allí los hombres si no hay quien los ayude á salir de los pantanos; que por lo tocante á los caballos, cañones y bagajes, se abisman en ellos sin remedio, aunque todo un ejército quiera desatascarlos. Por esta razón la guerra en aquella comarca de la llanura del Norte sólo es posible en verano, cuando la tierra está enteramente enjuta, ó en invierno cuando con una helada de muchos grados adquiere el terreno la consistencia de la piedra. Pero toda estación intermedia es mortal para las combinaciones militares, y con especialidad para las más brillantes, que, como es sabido, penden de la rapidez de los movimientos.

Estos caracteres físicos sólo aparecen reunidos al aproximarse al Vístula y principalmente más allá entre el Vístula y el Niemen: sin embargo empiezan á notarse pasado el Óder. Ocurre en aquellas vastas llanuras un fenómeno particular que dejamos ya indicado describiendo otra localidad, á saber, que las arenas, amontonadas en la orilla del mar, formando dunas, repelen las corrientes tierra adentro, donde forman numerosos lagos, se desagan en pequeños ríos, que reuniéndose después con otros mayores aumentan su caudal, y se convierten por fin en anchurosas corrientes como el Elba, el Óder y el Vístula, capaces ya de abrirse paso por aquella gran barrera de arenas.

Pueden advertirse ya estos caprichos de la naturaleza en el Brandeburgo y Mecklemburgo, esto es, en el terreno que entre el Elba y el Óder fué teatro de la persecución de los prusianos por nuestro ejército; pero empiezan á notarse más entre el Óder y el Vístula, donde las arenas se amontonan y detienen las aguas que por el Netze y el Warta van á buscar su salida hacia el Óder.

Para el que va de Berlín á Varsovia, el Netze corre por la izquierda y el Warta por la derecha, y después de haber circulado uno y otro entre el Vístula y el Óder, se reúnen en una sola madre para desaguar juntos en el Óder hacia Custrín. El país que se extiende á lo largo del mar forma lo que se llama la Pomerania prusiana; es alemán por razón de sus habitantes y por el espíritu de éstos. La parte inferior, que riegan el Netze y el Warta, es pantanosa, arcillosa, bastante bien cultivada, y esclavona por la raza de hombres que la habita; es la Posnania ó sea gran ducado de Posen, del cual es capital la ciudad de este nombre, que no carece de importancia y está situada sobre el mismo Warta.

En esta provincia era donde se mostraba más ardoroso el espíritu polaco. Los polacos convertidos en prusianos parecían soportar el yugo extranjero con menos sufrimiento que los otros. En primer lugar, por lo mismo que en aquella frontera de la Pomerania y del ducado de Posen estaban en contacto las razas alemana

y esclavona, se tenían la una á la otra una aversión instintiva, mucho mayor que la que se hubieran tenido estando separadas; además de esta aversión, consecuencia ordinaria del vecinaje, no podían olvidar los polacos que los prusianos habían sido bajo el reinado de Federico el Grande los primeros autores de la desmembración de la Polonia, que desde entonces se habían conducido con negra perfidia y habían consumado la ruina de su patria después de haber favorecido su insurrección; finalmente, la sola circunstancia de ver á Varsovia en poder de los prusianos, hacía que fuesen éstos los más odiados entre todos los partícipes. Este sentimiento de rencor llegaba á tal punto, que los polacos casi hubieran considerado como una emancipación el salir de la potestad del rey de Prusia para caer bajo de la de un emperador de Rusia, que, reuniendo todas las provincias polacas bajo un mismo cetro, se hubiese proclamado rey de Polonia. Por consiguiente, la propensión á la sublevación era más pronunciada en el ducado de Posen que en ninguna otra parte de la Polonia.

Tal era bajo su aspecto físico y moral el país que en la actualidad atravesaban los franceses.

Trasladados bajo un clima tan diferente de su clima natal, y sobre todo tan diferente de los climas de Egipto y de Italia, donde tanto tiempo habían vivido, se les veía como siempre alegres y llenos de esperanza, y en la misma novedad del país que recorrían hallaban motivo para procurarse chistosos pasatiempos sin prorrumpir en quejas amargas. Por otra parte, la buena acogida de los naturales servía de compensación á sus penalidades, porque los campesinos les salían al encuentro en los caminos y poblaciones, poniendo á su disposición los víveres y los vinos del país.

Pero no suele ser en las aldeas, sino en las poblaciones aglomeradas, ó lo que es lo mismo en el seno de las ciudades, donde con energía se manifiesta el entusiasmo patriótico de los pueblos. Las disposiciones morales de los polacos se manifestaron en Posen con más energía que en ninguna otra parte. Esta ciudad, cuya población ascendía por lo común á unas quince mil almas, se llenó en breve hasta contener dos veces más de habitantes, por la afluencia de los de las provincias vecinas que acudieron al encuentro de sus libertadores. Las tres divisiones del cuerpo de Davout entraron en Posen en los días 9, 10 y 11 de noviembre: fueron recibidas con tales explosiones de entusiasmo, que hasta el grave mariscal que las dirigía se sintió conmovido y cedió á la idea del restablecimiento de la Polonia, idea muy popular en la masa del ejército francés, pero muy poco entre sus jefes; por lo cual escribió al emperador varias cartas en que se traslucía visiblemente el sentimiento de cuyo desahogo acababa de ser testigo.

Dijo á los polacos que para reconstituir su patria necesitaba Napoleón estar seguro de un esfuerzo inmenso de parte de ellos, primero para que le ayudasen á conseguir grandes victorias, sin las cuales no podía imponer á la Europa el restablecimiento de la Polonia, y en segundo lugar para inspirarle alguna confianza sobre la duración de la obra que iba á emprender, obra muy difícil, pues que se trataba de restaurar un Estado destruído hacía cuarenta años y degenerado hacía más de un siglo. Los polacos de Posen, más entusiastas que

los mismos naturales de Varsovia, prometieron hacer con abnegación absoluta todo cuanto al parecer se deseaba de ellos. El clero, la nobleza y el pueblo deseaban con ardor que se les librase del yugo alemán, antipático á su religión, á sus costumbres y á su raza, y no había cosa que no estuviesen dispuestos á hacer por conseguirlo. El mariscal Davout no podía darles todavía más que tres mil fusiles; distribuyéronse inmediatamente, anhelando tener armas abundantes y protestando que por grande que fuese su número siempre sería mayor el de los brazos dispuestos á empuñarlas. El pueblo se formó en batallones de infantería; los nobles y sus vasallos se alistaron en escuadrones de caballería. En todas las ciudades situadas entre el Warta superior y el alto Óder los habitantes echaron fuera á las autoridades prusianas al acercarse las tropas del príncipe Jerónimo, y si salieron con vida fué porque las tropas francesas impidieron en todas ellas las violencias y los excesos. Fué general la insurrección en toda la ruta militar del príncipe Jerónimo desde Glogau á Kalisch.

Establecióse en Posen una autoridad provisional, con la cual se concertaron las medidas que habría que tomar para alimentar al ejército francés durante su tránsito. Era indudable que no se podían imponer á la Polonia contribuciones de guerra; debía permanecer exenta de las cargas impuestas á los demás países conquistados, pero con la condición sin embargo de que sus brazos se habían de unir á los nuestros, y de que nos cedería parte de los granos que tanto abundaban en ella. La nueva autoridad polaca se puso de acuerdo con el mariscal Davout para construir hornos y reunir trigo, forraje y ganados. Para estos primeros preparativos fueron suficientes el celo del país y algunos fondos que se recogieron en las arcas prusianas. De este modo se dispuso todo para recibir al grande ejército francés, y sobre todo á su caudillo, objeto de la más impaciente curiosidad y de las más ardorosas esperanzas.

Casi al mismo tiempo estaba marchando el mariscal Augereau por el linde que separa á la Posnania de la Pomerania, dejando el Warta á la derecha, y dirigiéndose por la izquierda á lo largo del Netze. Pasó por Landsberg, Driesen y Schneidmühl atravesando un país triste que, por su pobreza y escasa población, no podía hacer demostraciones muy expresivas. No encontró recurso el mariscal Augereau para exaltar la imaginación de aquellos pobladores; tuvo que sufrir grandes penalidades en su marcha, y mayores aún las hubiera sufrido para poder subsistir á no ser por un convoy de cajas de munición de que echó mano para transportar el pan de sus tropas. En las cercanías de Náckel, donde las aguas dejan de correr hacia el Óder para correr hacia el Vístula, fué donde su destacamento encontró algún descanso para sus fatigas, porque el canal que une al Netze con el Vístula parte de Náckel y va á parar á la ciudad de Bromberg, que viene á ser el foco y depósito de todo el comercio de aquella tierra.

El mariscal Lannes se había adelantado por Stettin hasta Stargard, Deutsch-Krone, Schneidmühl, Náckel y Bromberg, flanqueando la marcha del cuerpo de Augereau, el cual á su vez flanqueaba la del cuerpo de Davout. También él iba por el límite de los dos países alemán y polaco, y recorría una comarca más triste aún y más intratable que la que había atravesado el maris-

cal Augereau. Veía á los alemanes hostiles y á los polacos indecisos, y dominado por las impresiones que recibía en un país inculto y desierto como aquél y por las noticias que de los polacos iba reuniendo en una región que no les era propicia, ya se inclinaba á considerar la restauración de la Polonia como una empresa temeraria y hasta descabellada. Hemos hablado ya de este hombre singular y de sus cualidades y defectos, y tendremos que mentarle todavía muchas veces en la narración de una época durante la cual tanto prodigó su noble vida. Lannes, impetuoso en sus pasiones y por lo tanto desigual en su carácter, propenso á indisponerse hasta con su soberano á quien apreciaba de corazón, era de aquellos que decaen de ánimo ó se entusiasman sucesivamente con la misma rapidez con que periódicamente alternan la luz y las sombras. Pero sin perder jamás su temple heroico, recobraba en el peligro la calmada energía que los padecimientos y los obstáculos podían quitarle momentáneamente. Sería faltar á la justicia debida á este insigne guerrero no consignar aquí que su buen seso, tanto como la desigualdad de su humor, le hacía censurar en Napoleón aquel desmedido espíritu de empresas, y á interrumpir muy frecuentemente con siniestras profecías los encomios de nuestros más señalados triunfos. Hubiera querido que después de las victorias alcanzadas en Prusia se hubiese detenido Napoleón en el Óder, y manifestaba esta opinión sin el menor rebozo. Así que llegó á Bromberg, después de una marcha penosa, le escribió que acababa de recorrer un inmenso arenal estéril y despoblado, tan sólo comparable, si se exceptúa el cielo, con el desierto que se atraviesa yendo de Egipto á la Siria; que sus soldados estaban tristes y atacados de la fiebre por causa de la humedad del terreno y de la estación; que los polacos, poco dispuestos á insurreccionarse, temblaban bajo el yugo de sus dueños; que no había que juzgar de sus disposiciones por el entusiasmo ficticio de unos cuantos nobles que habían acudido á Poszen atraídos por la novedad y el ruido, sino que todos por lo general eran de carácter ligero y anárquico, y que con tratar de reconstituirlos en cuerpo de nación sólo se conseguiría verter inútilmente la sangre de la Francia en una empresa inestable y sin fundamento.

Napoleón, que había permanecido en Berlín hasta los últimos días de noviembre, recibía sin gran sorpresa los informes contradictorios de sus lugartenientes, y esperaba que el movimiento motivado por la presencia de los franceses produjese su efecto en todas las provincias polacas para fijar su opinión sobre el restablecimiento de la Polonia y resolverse á atravesar aquella región como un campo de batalla, ó ya á erigir sobre su suelo una grande obra política. La única medida que tomó por entonces, fué enviar á Murat después de reiterarle minuciosamente las condiciones que pensaba exigir para la restauración de la Polonia y las instrucciones que deseaba se siguiesen al marchar sobre Varsovia.

Los rusos habían llegado al Vístula y se habían apoderado de Varsovia. El último cuerpo prusiano que le quedaba al rey Federico Guillermo bajo las órdenes del general Lestock, oficial tan prudente como denodado, se hallaba establecido en Thorn con guarniciones en Graudenza y en Dantzig.

Quería Napoleón que al aproximarse á Varsovia se

estrechasen entre sí los varios cuerpos del ejército francés para que sus lugartenientes estuviesen prevenidos contra toda acometida con una masa de ochenta mil hombres, fuerza que juzgaba muy superior á cuanta hueste pudieran juntar los rusos en un mismo punto. Les encargó que no presentasen ni aceptasen batalla á no ser muy superiores en número al enemigo, que avanzasen con mucha precaución y apoyando todos hacia la derecha para protegerse con la frontera austriaca. Formaban á la sazón esta frontera el Pilica y el Narew que confluían en el Vístula, aquél por su orilla izquierda y éste por su orilla derecha cerca de Varsovia. Apoyando, pues, hacia la derecha partiendo de Poszen, se encontraban los franceses al Pilica y al Narew, y por todas partes los amparaba la neutralidad del Austria. Si los rusos querían tomar la ofensiva, sólo podían hacerlo atravesando el Vístula por nuestra izquierda en las cercanías de Thorn, y entonces, replegándose por la izquierda, se conseguía uno de estos tres resultados: ó se los repelía al Vístula ó se los rechazaba al mar, ó se los arrollaba contra las bayonetas del segundo ejército francés que marchaba hacia Poszen. Y añádese que si Napoleón, contra su costumbre, no se presentaba esta vez al enemigo en una sola masa, con lo cual hubiera zanjado todas las dificultades, era porque sabía que los rusos no llegaban entre todos á cincuenta mil, y porque el cansancio extremado de una parte de sus tropas, que habían llegado hasta Prenzlow y hasta Lubeck, le obligaba á formar dos ejércitos, uno de los que podían ponerse en marcha inmediatamente, y otro de los que necesitaban algunos días de descanso antes de volver á emprender su viaje. Así es como las circunstancias producen variaciones en la aplicación de los principios más constantes. El tacto de un gran general está en modificar esta aplicación con oportunidad y decisión.

Mandó, pues, Napoleón al mariscal Davout que se inclinase hacia la derecha, como lo requería el camino de Poszen y Varsovia, que pasase por Sempolno, Klodawa, Kutno, Sochaczew y Blonia, y que enviase directamente sus dragones á Kówal, sobre el Vístula, para reunirse con los generales Lannes y Augereau. El primero, después de haberse desquitado con la abundancia de Bromberg, de las privaciones de una larga travesía por entre arenales, se adelantó á Augereau. Recibió órdenes de subir el Vístula corriente arriba y encaminarse de Bromberg á Inowraclaw, Brezesc y Kówal por su derecha, desfilando bajo las baterías de Thorn, y yendo á unirse con el cuerpo del mariscal Davout, cuya izquierda debía formar. El mariscal Augereau le siguió algo después por el mismo camino, y fué á situarse á la izquierda de Lannes.

El día 16 de noviembre y siguientes, el mariscal Davout, precedido por Murat, se dirigió hacia Sempolno, Klodawa y Kutno desde Poszen, donde dejó todas las cosas en excelente orden. Lannes, después de haber dejado á Bromberg y desfilado por debajo de Thorn protegiéndose con el Vístula, se vió empeñado nuevamente en los arenales que por lo general se presentan hacia esta parte de la corriente del Vístula, se vió otra vez amenazado por la esterilidad, la carestía y el desierto, y no mejoró nada su opinión sobre la guerra que se iba á intentar. Fué por Kówal y Kutno á apoyarse en el cuerpo del mariscal Davout; siguióle Augereau la hue-

lla participando de sus impresiones, como le sucedió frecuentemente, porque su carácter tenía mucha analogía con el de Lannes, aunque era inferior en conocimientos y en energía.

Murat y Davout, que tenían poca gana de provocar un combate sin el emperador, y que por otra parte tenían orden de evitarlo, avanzaron con mucha precaución hasta las cercanías de Varsovia. El día 27 de noviembre su caballería ligera repelió en Blonia á un destacamento enemigo, y se presentó á las puertas mismas de la capital. Por todas partes hallaron á los rusos en retirada, y ocupados en inutilizar los víveres ó en trasladarlos de la orilla izquierda á la orilla derecha del Vístula. En su retirada no hicieron más que cruzar por la Varsovia, que les parecía asilo poco seguro desde que advirtieron que con la aproximación de los franceses todos iban recobrando ánimo. Repasaron, pues, el Vístula para encerrarse en el arrabal de Praga, situado á la otra orilla del río, y al hacerlo destruyeron su puente y echaron á pique ó se llevaron consigo todas las barcas que hubiéramos podido utilizar como medio de transporte.

Al día siguiente entró Murat en Varsovia á la cabeza de un regimiento de cazadores y dragones de la división de Beaumont. Desde que salieron de Poszen, los habitantes de los pueblos y aldeas se les mostraron menos expresivos que en aquel último punto por causa de los rusos, cuya presencia les servía de estorbo; pero como en toda población grande los impuestos son proporcionados á la confianza en sus propias fuerzas, todos los habitantes de Varsovia salieron al encuentro de los franceses fuera de los muros de la ciudad. Hacía mucho tiempo que los polacos, por un secreto instinto, consideraban las victorias que conseguía la Francia como obtenidas por la misma Polonia. El rumor de la batalla de Austerlitz, ganada tan cerca de las fronteras de la Galitzia, los había hecho estremecer de júbilo, y la noticia de la batalla de Jena, ganada, por decirlo así, en el mismo camino de Varsovia, la entrada de los franceses en Berlín y la presencia de Davout en el Óder los colmaba de esperanzas. Veían por fin en sus hogares á aquellos franceses tan deseados y tan famosos; y á su frente aquel insigne general de caballería, príncipe, ya en vísperas de ser rey, que con tanta brillantez y arrojo conducía su vanguardia. Aplaudieron con entusiasmo su arrogante apostura y su heroico continente á caballo, y le saludaron con las voces mil veces repetidas de *viva el emperador!*, *vivan los franceses!* Su entrada produjo una especie de delirio en todas las clases de la población; y en efecto, ya ahora podía considerarse la resurrección de la Polonia como algo menos quimérica al ver asomar al grande ejército, que dirigido por el más grande de los capitanes, había vencido á todos los ejércitos de Europa. El júbilo de aquel desgraciado pueblo, víctima tanto tiempo de la ambición de los gabinetes del Norte y de la molición de los gabinetes del Mediodía, fué intenso, profundo y expansivo al pensar que llegaba por fin la hora de que reparase el emperador de los franceses las debilidades de los reyes de Francia! Si bien los rusos habían inutilizado los víveres, los polacos cuidaron con eficacia de proporcionárselos, y todos se disputaban la satisfacción de alojar y mantener á los oficiales y soldados franceses.

Dos días después entró en Varsovia la infantería del mariscal Davout, que no había podido seguir el paso de la caballería. El aspecto de aquellos veteranos batallones de Awerstaedt, Austerlitz y Marengo produjo el mismo entusiasmo y originó iguales demostraciones. Porque todo parecía grande y bello en aquel primer momento en que la previsión de los obstáculos desaparecía completamente bajo los iris del júbilo y la esperanza.

Napoleón, como ya hemos dicho, se proponía con toda sinceridad restablecer la Polonia, porque juzgaba que este sería uno de los medios más útiles y más eficaces para regenerar esa Europa cuyo aspecto quería cambiar. Y en efecto, nada parecía más natural al crear nuevos reinos para que sirviesen de apoyo á su naciente imperio, que reconstituir el más brillante y el más desgraciado de los reinos destruidos; pero además de la dificultad de conseguir de la Rusia y de la Prusia tan grandes sacrificios de territorio, sacrificios que por otra parte no era posible exigir de ellas sino vencéndolas sin descanso, había otra dificultad, que era la de quitar al Austria las Galitzias; y si se dejaban estas provincias fuera, contándose con reconstituir la nueva Polonia con sólo dos terceras partes de la antigua, se corría también el grave riesgo de inspirar al gabinete de Viena, con semejante reconstitución, mayor desconfianza, mayor rencor y una mala voluntad más decidida, atrayendo tal vez un ejército austriaco sobre las espaldas del ejército francés. No quería, pues, Napoleón contraer más que empeños condicionales con los polacos, y estaba decidido á no proclamar su independencia hasta que se mostrasen dignos de ella con un impulso unánime, con un celo ejemplar en auxiliarle y con la resolución enérgica de defender la nueva patria que se les quería restituir. Desgraciadamente la alta aristocracia polaca, menos vehemente que el pueblo, desanimada por los varios levantamientos que se habían frustrado y temerosa de verse abandonada después de quedar comprometida, vacilaba aún sobre entregarse á Napoleón, y en su situación actual creía que tenía otro deber preferible al de insurreccionarse para recibir de los franceses una existencia falta de apoyo, si bien independiente y expuesta á toda clase de amagos entre la Prusia, la Rusia y el Austria. Los nobles que habían caído con Varsovia bajo el yugo de la Prusia, tenían á esta nación la antipatía común á todos los polacos convertidos en prusianos. La mayor parte de ellos hubieran considerado como un dichoso cambio de fortuna el trocarse en súbditos de Alejandro, siempre que quedasen reconstituídos en cuerpo de nación y viniesen á ser bajo el emperador de Rusia lo que son hoy los húngaros bajo el emperador de Austria. Sólo el volver á formar un solo pueblo y pasar de un soberano alemán á un soberano esclavón les parecía una suerte casi envidiable, la única por lo menos á que debía aspirar en las presentes circunstancias. Para muchos, secretamente imbuídos por las intrigas rusas, era ésta la única reconstitución posible de la Polonia, porque suponían que por tener la Rusia más cerca mantendría aquella obra una vez emprendida, al paso que la existencia debida á la Francia sería precaria y efímera, y se desvanecería así que se perdiese de vista el ejército francés. Indudablemente podían alegarse razones de prudencia en favor del pensamiento de una semi-reconstitución de la Polonia, pensamiento nacido